POR EL CAMINO DE BOMAN

(ON BOMAN'S WAY)

Flora GUZMÁN (*)

RESUMEN

En este trabajo mi propuesta es revisar, dentro de la obra de Boman, Antigüedades de la región andina..." su interés por los aspectos lingüísticos de la cultura del noroeste argentino y, para ello:
a) Señalar el valor de sus aportes en lo que hace al conocimiento de las lenguas indígenas y la importancia de los discursos recogidos por Boman en ocasión de celebrarse distintos rituales de la zona y que hoy están en vías de extinción.
b) En el campo de la toponimia: permanencia de algunos conocimientos y modificaciones en la concepción actual.
Aquí desarrollo las líneas fundamentales de un modelo construido a partir del interaccionismo lingüístico y aplicado a la elaboración de una microtoponimia de la Quebrada de Purmamarca. Considero entonces, a la toponimia como una forma dinámica de leer el espacio y los nombres como unidades comunicacionales que transmiten información.
c) La influencia de los conceptos de Boman en los estudios toponímicos del siglo XX.

ABSTRACT

In this paper I will review-inside Boman's work- "Antiguedades de la Región Andina de la República Argentina y del desierto de Atacama", the value of this antiquities in relation to the linguistic aspects of Northern Argentine culture. In order to do so I will point out:
a)The value of Boman's contributions in connection with the knowledge of native languages and, moreover,the importance of those discourses collected by Boman on the occasion of the celebration of different native rituals, which are currently on the verge of extinction.
b)The permanence of certain knowledge as well as modifications to today's view in the field of study of place names. Here I will develop the basic outline of a model built up from linguistic interaction, and applied to the elaboration of a micro study of place names in the Quebrada de Purmamarca. Thus, I consider the study of place names as a dynamic way of studying space and names as information sender communication units.
c)The influence of Boman's concepts in XX century studies of place names.

POR EL CAMINO DE BOMAN

Microtoponimia de la Quebrada de Purmamarca

"Los viajeros contemporáneos juzgan el mundo cada vez menos exótico;
no obstante, se equivocarían si creyeran que se torna uniforme".
Zhao Fusan

Una de las pasiones del siglo XIX europeo fueron los viajes.

Empujados por el impulso de los románticos que soñaban con abandonar la civilización para hundirse en su propia tierra hasta tocar el país *profundo*; otros preferían los paises distantes y desconocidos que ofrecían el sabor del exotismo.

Lo cierto es que ya la misma etimología del nombre, *romantique* (*roman*=novela) alude a ese dejar correr la imaginación, a buscar las facetas misteriosas del pasado, a la atracción por las lejanías exóticas; a la recuperación del paisaje como un estado de ánimo. Una importante literatura de viajes lo prueba.

De algún modo, también Eric Boman es heredero de esa tradición.

Es difícil que alguno de los atractivos pintados por los románticos, no estuviera en su mente cuando eligió viajar a estas tierras. También es difícil imaginar a un nórdico, hace cien años, recorriendo estos lugares, para él remotos -seguramente alucinado por paisajes tan diferentes a los de su tierra natal- atravesando los Andes, la desolación de la puna, las salinas, hasta

* SECTER / Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales - Universidad Nacional de Jujuy - Otero 262 - CP 4600 - S.S. de Jujuy
Correo Electrónico: fguzman@imagine.com.ar

llegar a los pequeños valles, como el de Purmamarca que lo sorprende por su verdor. Pero un rasgo lo diferencia de los buscadores de "color local". Y es su pasión científica que lo lleva a conocer, investigar y, luego, dejar testimonio de su experiencia. En **Antigüedades de la región andina de la República argentina y del desierto de Atacama,** pese a declarar que "las búsquedas arqueológicas" constituyen su "objetivo principal", las observaciones de Boman transparentan una visión mucho más amplia que la habitual en su tiempo, visión que más tarde se fragmentó en distintas disciplinas y sólo, después de 1970, reapareció en los estudios interdisciplinarios.

UN SEMIÓLOGO *avant la lettre*

A través de la interpretación de distintos macrosignos –desde la arqueología y la antropología- Boman reconstruye diferentes aspectos de la cultura de esta región. Y así, junto al estudio y descripción de sus hallazgos arqueológicos, incluye observaciones sobre los habitantes del lugar, su organización social y parental, sobre su vestimenta y comida, sistemas semióticos de abundante producción.

Desde esta mirada, se entiende que Eric Boman no quisiera dejar de lado, justamente, un sistema tan revelador como la lengua y es en este punto donde queremos focalizar este trabajo por la importancia de su testimonio.

En su recorrido, Eric Boman busca la comunicación con los nativos con los obstáculos que él mismo comenta así:

> *"Ciertamente, mi trabajo tiene lagunas. La falta de tiempo y las dificultades materiales que presentan los viajes en esos desiertos son la causa de ello. La extrema reserva de los indios del altiplano, que se rehusan obstinadamente a suministrar cualquier informe al viajero, ha sido una de las mayores dificultades de mi viaje." (Prefacio,III)*

Sin embargo, cuando logra atravesar la barrera de silencio de los indios, Boman presta especial atención al habla de los nativos y, casi como despojándose de su lengua, escucha y registra los términos para él desconocidos y busca fijar su significado, anotando prolijamente los datos que logra recoger, dispersos en las casi mil páginas de **Antiquités...** Los ejemplos serían innumerables y sólo a título de ejemplo, consignamos unos pocos. Así habla de "estas paredes de piedra llamadas **pircas"** y aclara: "El vocablo **pirca** es quichua(1). Se usa todavía en Cuzco". O bien, al describir un ajuar enterratorio, cuenta que en medio de los objetos hallados hay "especialmente cacharros, entre los cuales los más comunes son las escudillas llamadas **pucos** por los mestizos actuales ya que **pucu** palabra quichua significa simplemente "escudilla" o "plato". (Boman,1991: 153)

SOBRE LAS LENGUAS INDÍGENAS

Pero el interés lingüístico de Boman no se agota a nivel lexical.

Observa con mucho interés la impronta que el kechuwa ha dejado en la región y busca reconstruir la ruta por la que esta l*engua general* llegó al noroeste argentino. A partir de este eje, el investigador sueco va desplegando la información que logra reunir, no sólo sobre el kechuwa, sino sobre las antiguas lenguas indígenas de la zona, ya desaparecidas (el uru y el puquina) y sobre las más tardías como el kakán o el atacameño. Algunos datos surgen de sus trabajos de campo y, muchos más; del rastreo de fuentes documentales del siglo XVII y XVIII, sobre todo las halladas en los libros de los jesuitas, empecinados estudiosos de las lenguas locales.

En el caso del ckunza o atacameño, sorprende la actualidad, para su época, del material bibliográfico que maneja: los estudios de von Tschudi, Moore, San Román y los de Vaïsse, Hoyos y Echeverría que, por entonces, son los últimos que se conocen.

Toda esta información sobre las lenguas indígenas (en especial, las prekechuwas) resulta aún hoy insoslayable a la hora de abordar el tema porque -todo hay que decirlo- en este campo, apenas si se han ampliado los conocimientos en un siglo.

Para quienes hacen etnografía del habla, el rescate que hace Boman de textos orales producidos en diferentes rituales tienen un valor excepcional.

Allí encontramos, junto a oraciones a la Pachamama, más conocidas y que mantienen vigencia; otras, muy curiosas, que recogen los ruegos de los que hilan pidiendo a la Pachamama y a Santa Ana, patrona de hilanderos e hilanderas, bendiciones para "que el hilo no se rompa y para que el trabajo vaya rápido". Las hay que corresponden a otros rituales como los del "floreo" de las llamas o marca del ganado, minuciosamente descripto y acompañado con canciones "españolas que (el cantor) había aprendido de los mestizos de Bolivia y que estaban mezcladas con voces quichuas. También había trozos en quichua pero de un aire tan español que uno se siente tentado de preguntarse si no son canciones españolas traducidas al quichua". (Boman, 1991: 496)

También figuran allí las ceremonias que se realizan en el momento de la apertura de los canales de riego –organizado conforme al sistema español- cuando se siembra el maíz y las oraciones de los campesinos para pedir a la Pachamama y a Pachatata una buena cosecha.

Estos son algunos de los escasos momentos en que Boman menciona la mezcla de lo español y lo indígena pero no hace ninguna reflexión expresa sobre el mestizaje cultural. Los ruegos y plegarias registrados por el investigador sueco cobran cada día más valor porque algunos de estos rituales han desaparecido o están en vías de extinción. Boman transcribe esas oraciones en kechuwa y las contrasta con una versión en francés y otra, en español, "esa lengua poco usual" (sic) y las acompaña con sus correspondientes notas.

Si pensamos que la semiología se desarrolla en la década del '60 (con la brillante excepción de Charles Sanders Peirce, en Estados Unidos, a fines del siglo XIX), podemos considerar a Boman como un semiólogo *avant la lettre.*

Sorprende la "modernidad" del investigador en su modo de leer los macrosignos de la realidad, de seleccionar y organizar ese material dentro de una visión –que si algunos hallaron arbitraria- resultó más abarcadora que la usual en la época.

Esto hace que, aún hoy, la obra de Boman (publicada por la Universidad Nacional de Jujuy en una cuidada traducción –la primera en español- de Delia Gomez Rubio) siga teniendo vigencia.

¿QUÉ DICE LA TOPONIMIA?

También la toponimia le interesa a Boman aunque, en su obra, no aparece un desarrollo sistemático del tema. En parte, lo aborda al hablar sobre las lenguas indígenas y luego, hace consideraciones dispersas, salpicadas a lo largo del texto, menciones -por cierto, interesantes- aunque su metodología, acorde con los conocimientos de la época, era más bien espontánea.

Cuando Boman en sus viajes, a principios del siglo XX, recorre estas tierras, señala: "la toponimia de toda la región andina de la República Argentina es, con pocas excepciones, derivada del quichua, y esta lengua era hablada todavía, a fines del siglo XVII, por los indígenas de todo el territorio" (Boman, 1991:198), dato importante para contrastar y complementar con la opinión de Juan Alfonso Carrizo, otro gran viajero y conocedor del noroeste argentino que señala, más o menos hasta 1920, la vigencia del bilingüismo kechuwa-español en esta zona.

Al referirse a la lengua *ckunza*, el investigador sueco registra una serie de topónimos de ese origen que, aún hoy, validan la utilidad de su registro. "La toponimia del norte de la Puna de Atacama, es decir del desierto que separaba los atacamas del salar de Atacama, de los de la Puna de Jujuy es casi en su totalidad proveniente del atacameño, salvo algunas palabras tomadas del quichua y, naturalmente, algunos nombres españoles. En la Puna de Jujuy, los nombres de los que con certeza se puede decir que derivan del atacameño son pocos, pero hay algunos, sin embargo". (Boman, 1991: 77,78)

Al realizar este trabajo, se nos hizo evidente la incidencia que han tenido las observaciones de Boman en este campo. Pero también tomamos conciencia de la necesidad de formular un modelo actualizado, de acuerdo con los conocimientos que ofrece, hoy, la Lingüística.

Pero, sin duda, esto exige estudiar previamente la situación contextual.

Estas y otras razones nos llevaron, dentro del Programa Interdisciplinario Purmamarca, nuestra investigación en curso, a hacer una microtoponimia de la Quebrada de Purmamarca, y una de las decisivas ha sido la minuciosidad con que los informantes hacen referencia a los lugares y nombres de la zona, en los discursos de nuestro Banco de Datos de Producción Oral.

LAS VOCES DE OTROS TIEMPOS

Como todas las producciones humanas, también las lingüísticas tienen un carácter profundamente histórico. Pero ¿cuál fue la historia de esta región? La perspectiva arqueológica destaca la intensa movilidad y la interacción existente en la Quebrada de Purmamarca, desde tiempos prehispánicos (Fumagalli, 1998/1999), movilidad que se continúa también en época de la Colonia (Sica 1998/1999). Estos desplazamientos hablan también –sin proponérselo- de una interacción lingüística que debía registrarse inclusive, en el caudal toponímico de la zona.

En breve síntesis: grupos humanos asentados en la quebrada de Purmamarca habrían establecido relaciones con las sociedades puneñas –a partir del año 1000 d.C.- en base, al intercambio de bienes. A medida que se desarrollaron, estas sociedades favorecieron la concentración de poder y diferenciación social, en los llamados "señoríos" o "cacicazgos" (Tarragó, 1994 citado en Fumagalli,1999) con poder suficiente para organizar ellos mismos, estos circuitos de intercambio. Posiblemente así se relacionaron las sociedades del sur de la Quebrada de Humahuaca con la cabecera de la Quebrada del Toro.

En el estado actual de las investigaciones no es posible asegurar, todavía, cuál de estos asentamientos fue el eje de los intercambios al sur del valle del río Grande y subsidiarios, pero sí podemos afirmar que estas sociedades fueron diferentes a otras sociedades quebradeñas.

Seguramente, distinto tipo de mecanismos motorizaron estos procesos de interacción, por

ejemplo los "giros caravaneros" que establecían una red de intercambio y trueque conectando sociedades muy alejadas entre sí (Nuñez y Dillehay 1978).

La llegada de los Inkas a la región -documentada en los conjuntos arqueológicos de Ciénega Grande y en el "tambo" de El Moreno- trae fuertes procesos de reorganización socio-política y económica. A través de sus delegados, los inkas ejercían un control estatal -por lo general, de un modo indirecto- que les aseguraba el dominio de esta región, abarcando "tanto la cuenca del río Purmamarca como la porción central y meridional de la Quebrada de Humahuaca y sus bordes" (Fumagalli, 2000).

LA INTERACCIÓN LINGÜÍSTICA

En esta franja de contacto debió producirse una intensa interacción lingüística surgida, básicamente, de las necesidades de intercambio.

Pero esto que resulta casi obvio, deja de serlo cuando uno quiere precisar: ¿en qué lengua o lenguas se comunicaban los pobladores de una región que, desde tiempos prehispánicos, constituía uno de los puntos de cruce importantes, al sur de la Quebrada de Humahuaca? Qué ocurrió durante la Colonia?.

Sin duda, varias lenguas indígenas prehispánicas se cruzaron e interactuaron en estos dos ejes de circulación –longitudinal y transversal-: el *aymara* que ha tenido la particularidad de compartir "el espacio geográfico con otros grupos de habla Quechua (...) Pukina, Uru y probablemente otras. Esta interdigitación, parecida a la de un tejido de distintos colores, era el resultado de la típica organización social y económica del mundo andino..." (Albó-Layme, 1984: XI). Sin embargo, fue también el resultado de un proceso histórico y de expansiones que hoy se comienzan a conocer más profundamente. Investigaciones recientes muestran que una antigua ocupación preincaica panandina de pueblos aimarófonos, se expandió desde la sierra norte peruana hasta al altiplano boliviano (Cerrón Palomino, 2000:140). A esto se suman estudios actuales que sostienen que los chichas, aymarahablantes, posiblemente poblaron la Puna de Jujuy y llegaron hasta la Quebrada de Humahuaca (Krapovickas,1978;1992; Zanolli,1995; Sánchez, 1996).

Pero la lengua indígena de mayor irradiación en esta zona fue, sin duda, el *kechuwa*, que con la expansión territorial del imperio inkaiko, llegó hasta lo que hoy es el noroeste argentino y parte de Chile, alrededor de cincuenta años antes de la conquista española

Al llegar los conquistadores hispánicos, el *kechuwa* ya había integrado las lenguas de los grupos étnicos locales, con la finalidad de ser usada en la evangelización de los naturales hasta imponer definitivamente el español, lo que les llevó más de dos siglos. Sin embargo, el kechuwa colonial conoce su momento de mayor expansión como consecuencia de la "planificación idiomática", llevada adelante por los traductores en ocasión del Tercer Concilio Limense (1582-4)" que rigió, básicamente la lengua escrita, pero que desbordó lo religioso para usarse en la práctica cotidiana (Cerrón Palomino, 1999).

Pero teniendo en cuenta la continuidad del tráfico caravanero que atravesaba de una lado a otro la Cordillera de los Andes, no se puede pensar que el *ckunza* o *atacameño* –surgido de las poblaciones ubicadas en la hoya hidrográfica del Desierto de Atacama (actual Provincia de Antofagasta)- no tuviera incidencia en la interacción lingüística de la región y, consecuentemente, en la toponimia, tal como ya lo señalaba Boman.

De allí que la información sobre el *ckunza* en **Antigüedades de la región andina ...**, cobra hoy, mayor relevancia por ser una lengua prácticamente extinguida. El panorama que allí traza Boman resulta todavía esclarecedor al registrar, además, una bibliografía de difícil acceso y escasa difusión.

Existían otras lenguas en regiones vecinas como las pobladas por lules y diaguitas, que hablaban el *lule-tonocoté* y el *kakán* respectivamente, sobre las que Boman también recoge datos de interés.

DEMARCAR EL TERRITORIO

Al comenzar este estudio, surgió la necesidad de aclarar nuestros propios cuestionamientos epistemológicos frente al abordaje de la toponimia. Tradicionalmente, se empleó una perspectiva metodológica, al menos insuficiente a mi juicio, que considera los nombres como productos marcados por la historia pero, con la particularidad de que esas marcas, los convierten en unidades cerradas, concluidas.

En nuestra concepción, nombrar lleva en sí un doble juego: por una parte, significa otorgar existencia a alguien o a algo; en este caso, a un lugar que hasta ese momento permanecía irreconocible dentro de una totalidad.

Pero además, nombrar significa un modo de apropiación real y/o simbólica de un lugar, lo que alude a relaciones de poder -manifiestas en *actos de autoridad* y *autorizados*- que aseguran la eficacia de estos rituales sociales (Bourdieu, 1982).

> *"El vasto corpus de la literatura que trata de las técnicas para ponerle nombre a los lugares, para proteger los cultivos, los animales y otros espacios*

y recursos necesarios para la reproducción social (...) es una literatura que, en lo sustancial, documenta la socialización del espacio y del tiempo (Appadurai,2001)

TOPÓNIMOS: TEXTOS MÍNIMOS, APROXIMATIVOS, ...

Pero ¿qué son para nosotros los topónimos? Básicamente son discursos sociales que una comunidad construye colectivamente.

Para definir al topónimo, adaptamos una definición breve y precisa. Se trata de "una unidad de producción verbal que conlleva un mensaje lingüísticamente organizado y que tiende a producir en su destinatario, un efecto de coherencia". (Bronckart, 1994).

Cada topónimo funciona como una "unidad comunicacional" (el nombre se lo pedimos prestado a Habermas) de gran eficiencia y extraordinaria vitalidad. Ya se sabe: la toponimia por su propia estructura de escasa movilidad, es esencialmente conservadora y resistente a los cambios lo que, sin embargo, no impide que ocurran.

Por esto resulta fundamental atender al proceso de producción del discurso.

Cuando una comunidad observa su entorno –más concretamente, el paisaje- necesita organizarlo. Seguramente, será un portavoz de esa comunidad quién produce un proceso de semiotización que pone en interfase los conocimientos propios de su comunidad y las posibilidades que le ofrece su/s lengua/s.

Esto implica que, como en cualquier acto de enunciación, hubo un lugar y un momento de producción y aunque no conozcamos cuándo ocurrió ese acto de nominación, esto no modifica esencialmente el proceso. Allí el sujeto de la enunciación, se apropia del sistema de la/s lengua/s, conforme a las posibilidades que ella/s le ofrecen para poder expresarse.

Ese proceso de semiotización se materializa en el nombre elegido y tiene otras proyecciones: la relación con el mundo objetivo (aspectos físicos y geográficos); la relación con el mundo social y sus saberes. Así el hombre transforma el paisaje a través de su discurso.

MODOS DE PERCIBIR EL ESPACIO: ESTÁTICO O ENERGIZADO?

Cada cultura tiene su propia forma de percibir el espacio. "Los espacios y su percepción son, necesariamente históricos y sociales, puesto que el grupo humano que los habita los carga de significado" (Sica, 2000) Y, naturalmente, nunca esos significados son los mismos de una comunidad a otra. Es más.

> "Lo que diferencia las culturas es la forma de concebir estos enlaces, de hacerlos funcionar, determinar su ubicación y también, sus cambios de estado. Pero lo que tienen en común y que las instituye como tales es la operación misma de ligar, de organizar, de conectar el territorio"(Serres, 1981) La función de la toponimia es, justamente, hacer esas conexiones a través de discursos que actúan como organizadores de una multiplicidad casi caótica de espacios.

Se dice que la toponimia se ha limitado a describir el espacio en términos estáticos. Michel Serres, a quien seguimos en estos conceptos, defiende la necesidad de avanzar y complementar esta línea contando con una topología –integrada con las categorías de cualidad y de orientación- "Combinan categorías como lo abierto y lo cerrado, lo exterior y lo interior, el borde y el límite, la proximidad y la lejanía, etc, conceptos de los espacios múltiples de la topología". Es decir que, si dinamizamos nuestra visión "ya no se tiene simplemente una representación estática del nombre sino de una modalidad de leer el espacio en la que subyacen las ideas de movilidad, de circulación" (Serres,1981). Entonces, la mayoría de los topónimos se constituyen en una red de instrucciones, útiles para la comunicación.

En el modelo propuesto hemos separado los nombres españoles, de los indígenas y los híbridos. En muchos casos, los topónimos en lenguas indígenas han perdido sentido para los pobladores actuales, quienes ya no reconocen esa "red de instrucciones". No es el caso de los nombres españoles y de muchos híbridos que aún hoy comunican información.

LA CONSTRUCCIÓN DE UN MODELO Y SU MARCO TEÓRICO

El nuevo abordaje lingüístico hizo necesario construir un modelo que interprete la toponimia (del griego **topo**s = lugar y **onoma**= nombre) como un proceso interactivo, desde el discurso y teniendo en cuenta los distintos aspectos mencionados; lo que, en definitiva, a nuestro juicio, resulta mucho más vivo, atractivo y, esperemos que fecundo, a partir de un corte sincrónico –el actual- y desplegando un espectro de posibilidades con el rigor de la lingüística actual.

Elegimos, entonces, encuadrar este modelo dentro del marco teórico del interaccionismo lingüístico, posición epistemológica que se sostiene en diversas corrientes filosóficas y de las Ciencias Humanas y, en especial, en la concepción de Vigotsky. Defensor de una epistemología dualista, basada

fundamentalmente en el equilibrio entre la parte física y psíquica del ser humano, Vigotsky concibe al lenguaje como el único medio capaz de articular pensamiento y acción o, dicho de otro modo, de producir una sólida convergencia entre las acciones humanas y las semiotizadas.

En este trabajo, acotado a una región en la que hubo una activa interacción lingüística desde tiempos prehispánicos y que tuvo su continuidad en la Colonia, es indispensable considerar también, los problemas que surgen de las lenguas en contacto y la importancia de los contextos en los ocurren estos hechos de lenguaje, justamente por ser la toponimia, como dijimos, una construcción colectiva.

Desde una perspectiva interdisciplinaria, integramos en la fase final de este modelo, otras perspectivas y otros aportes: el arqueológico, el histórico y aún el antropológico, cuando resulta pertinente para la elaboración de nuevos conocimientos. Es cierto que, para esto, tuvimos que tomar algunos recaudos metodológicos y temporales a fin de aislar el fenómeno de la interacción, seguirlo históricamente, ateniéndonos a lo que resulta verificable.

Para tomar un caso: hay topónimos que, analizados desde el discurso, tienen un sentido limitado y sólo lo completan, mirados desde otra/s disciplinas. Esto ocurre por ejemplo con **Estancia grande**, un topónimo que esconde una situación histórica mucho más compleja de lo que se advierte lingüísticamente. Así, en la Colonia, **Estancia Grande**, designaba un sitio destinado a la producción ganadera. Este dato no sería demasiado significativo si no fuera porque el registro arqueológico pone en evidencia que esta zona fue utilizada ya por grupos cazadores-recolectores para la domesticación de animales. Pero, tal vez lo más curioso es comprobar que, aún hoy, se mantiene la misma percepción del lugar como óptimo para la producción ganadera, tal como circula entre los informantes purmamarqueños: "*ahí se crían muchas, muchas ovejas...*" (Marta Roldán)

DESARROLLO METODOLÓGICO

Una vez constituido el *corpus* de topónimos pertenecientes a la Quebrada de Purmamarca, tomados de la cartografía actual (mapas, planos aparecidos en folletería de turismo, etc), hicimos una sistematización de la información existente sobre las lenguas indígenas que interactuaron en la región, considerando, además, las menciones que se hallan en las fuentes históricas (títulos, mercedes, cartas etc.).

Los nombres –clasificados conforme a la lengua de origen- se sometieron, uno a uno, a la fase de observación y análisis léxico-sintáctico y allí tuvimos presentes nuestro concepto de estos textos mínimos como "unidades comunicacionales"que esperan ser descodificados por Otro, focalizando su importancia en la identificación del referente geográfico. De allí la importancia de la observación del orden semántico, de la conmutación de códigos o code-switching cuando aparece porque ofrece mayor información.

Pero la cartografía, los mapas, no son el territorio y esto nos llevó a hacer nuevos trabajos de campo en Purmamarca, para ubicar –desde nuestra visión sincrónica- algunos lugares sobre el terreno, para contrastar la coincidencia o no de los topónimos del corpus con los actuales, conforme al registro oral y las variables que puedan hallarse, fijando el nombre de mayor uso(2).

De todos modos, queremos dejar en claro que las interpretaciones etimológicas tienen un carácter hipotético y provisorio.

EL ESPAÑOL DEL SIGLO XVII

El modelo propuesto resultaría incompleto sin una revisión de los fenómenos lingüísticos del español del 1600 que pudieron tener incidencia en estas tierras, acotados obviamente, al campo de la toponimia. Es más consideramos que el desarrollo de este punto es fundamental.

El español del siglo XVII es una lengua rica, de una enorme potencia creativa, pero que todavía no ha alcanzado un estado de fijación, de estabilidad, lo que nos alerta sobre las vacilaciones que, trasladadas a América, pudieron influir en esta variedad diatópica.

Así, por sólo citar algunos casos, durante el 1600, hay todavía una evidente vacilación en las vocales no acentuadas: se usa tanto "e" o "i" como "o" y "u". Se produce entonces un fenómeno de convergencia lingüística: este rasgo del español viene a reforzar la similar tendencia del kechuwa, causada por su sistema trivocálico. Y seguramente por esto, el topónimo purmamarqueño "Sepultura" alterna aún hoy con el arcaico, "Sepoltura".

En España, todavía conviven palabras que mantienen la "f" inicial con aquellas en que ya ha sido sustituida por "h" ("forma", "horma"). En la toponimia purmamarqueña por ej. encontramos ya **La Higuerita** (del latín *ficus*), que responde a una tendencia modernizante del idioma.

Otra característica de la época es la tendencia a la reducción de los grupos consonánticos, característica importantísima al castellanizar voces indígenas (por ej. el grupo consonántico ckunza –ck es sistemáticamente reducido a "c").

La misma inestabilidad lingüística del español, nos ha llevado a poder establecer una datación de

algunos topónimos españoles. Por dar sólo un ejemplo, el caso tal vez más emblemático ha sido **Ciénega Grande.** En un principio, al ver en Purmamarca, la alternancia entre "ciénega" y "ciénaga" la atribuimos a una deformación fonética lugareña. Poco después comprobamos, desde la historia de la lengua, que estábamos ante un dato importantísimo: la voz **ciénega** (proveniente del latín c*ieno*=fango) ya está registrada en documentos españoles del año 1525, mientras que **ciénaga** es aproximadamente cincuenta años más tardía.

Esto permitió aseverar que el sitio arqueológico actual, Ciénega Grande -que tuvo distintos niveles de ocupación y alcanzó su máximo desarrollo después del año 1000, reforzado luego con asentamientos incaicos- debió de tener, obviamente, un nombre indígena –tal vez kechuwa- y que los españoles lo sustituyeron, muy pronto, por la forma más antigua, "Ciénega". Este argumento avala nuestra hipótesis de españolización temprana.

No nos extendemos sobre otras características del español del s XVII porque excede totalmente el objetivo de este trabajo.

ALGUNAS POCAS CERTEZAS

De la sistematización de datos sobre lenguas indígenas, podemos hacer algunas, pocas, aseveraciones:

1) Las referencias a las lenguas preinkaicas; es decir, anteriores al kechuwa son –como ya lo señalaba Boman- muy generales, difusas, cuando no arbitrarias, ya que carecen de documentación probatoria.

2) No hay precisión alguna sobre los límites territoriales en donde se hablaban las distintas lenguas

3) Uno de los problemas más serios es la grafía de los nombres indígenas que "en la mayoría de los casos han sido deformados por falsas grafías o porque expresan una pronunciación incorrecta o por falta de signos en nuestro alfabeto para representar sonidos extraños al español" (B.Vidal de Battini,).

4) Otra dificultad es la que plantean los "préstamos".

Lo sintetizaré a través de un ejemplo concreto. Mientras leía los comentarios del Padre Florián Paucke, me llamó la atención un detalle: cada vez que aparecían referencias a cosas de uso cotidiano, las llama con la voz indígena pero se las atribuye a los españoles. Así, dice por ej:

> *"...llevan una tabaquera que los Españoles llaman Chuspa..." "...consisten en (...) sebo y carne secada al sol que los Españoles llaman charque..." ...los españoles llaman Patay a este queso harinoso redondo"*

La reiteración permitió probar hasta qué punto el fenómeno de integración de los préstamos indígenas –generalmente kechuwas- ha llevado a borrar la conciencia de su origen, en un período de 150 a 200 años.

En realidad, este fenómeno sociolingüístico es conocido y se reitera a lo largo de la historia. La integración de los "préstamos" a la lengua que los toma, puede darse en forma parcial o como en este caso, completa -hasta perder memoria del origen- En este proceso intervienen causas lingüisticas pero también, extralingüísticas que, como en este caso, obedecen a razones de prestigio y poder de una lengua sobre otra.

No estaría demás destacar la contracara del proceso anterior para romper con el estereotipo de creencias de que, en la Colonia, sólo se dan en un carácter unidireccional de españoles sobre indios pasivos. La asimilación de palabras prueba que, al igual que en otros aspectos de la vida cotidiana (relatos, comidas, música, vestidos, etc) los españoles adoptaron diversas manifestaciones culturales de las sociedades indígenas(3) .

4) La continua interacción de las distintas lenguas explica también la posibilidad de hallarnos con otro fenómeno lingüístico: la analogía y contaminación semántica que, según las épocas, ha dejado su marca en los topónimos, entre una lengua indígena y el español, o bien, como en este caso, entre diferentes lenguas indígenas.

En la investigación el topónimo **Patacal,** resultó un ejemplo esclarecedor. Aparece un primer segmento, **pata** (del kechuwa =alto) y luego hallamos **kálla** (de origen *kechuwa)* y, **cala**, de origen *aymara* con una significación análoga (=piedra, laja). Pero la voz *ckunza*: **ckaala** = amarillo, vino a poner en evidencia que ese segundo segmento está contaminando semánticamente porque el cerro es, efectivamente, de piedra amarilla.

LAS HUELLAS DE BOMAN

El interés de Boman por la toponimia parece orientado casi exclusivamente a los nombres indígenas. Seguramente, el hecho de focalizar sus investigaciones en la cultura indígena del lugar hizo que le prestara escasísima importancia al hecho de que la cultura del noroeste es –ya en la época de sus viajes- esencialmente híbrida. El enorme peso de lo español junto a lo indígena es el resultado de un proceso que viene entretejiendo las dos vertientes culturales más importantes de la zona, en ese entonces, por más de cuatrocientos años.

De allí que Boman no problematiza ese proceso de mixtura. En el campo de la toponimia centra sus reflexiones casi exclusivamente en los nombres indígenas y da escasa importancia a los topónimos españoles y a otros aspectos derivados del contexto socio-histórico, salvo cuando le llama la atención algún aspecto puntual, como el fenómeno de la influencia de la sintaxis kechuwa en la organización de los nombres híbridos -y en alguno español-, muy evidente en los segmentos más compactos.

Lo que puede señalarse hoy, a cien años de distancia, es que esta mirada de Boman y su fascinación por los nombres indígenas ejerció una influencia notoria y ha marcado una línea de interés en los estudios toponímicos de esta zona, durante el siglo XX. Sin duda, el exotismo de esos nombres, campo de interpretación azarosa y tratado sin mayor rigor, ha sido tan atractivo como de pobres resultados.

El desinterés por los topónimos españoles, que se extiende a lo largo de 1900, produjo también conclusiones erradas. No faltan casos de nombres de origen árabe, ya castellanizados, que fueron tomadas como kechuwas y en gran parte, esto tiene que ver con todo un enfoque epistemológico. Además, la presuposición de que los topónimos indígenas eran más numerosos que los españoles hizo que ni siquiera se establecieran tablas de frecuencia.

Esta misma perspectiva, marcó otros conceptos erróneos en los estudios toponímicos del siglo pasado, como la creencia -no cuestionada- de que los nombres son entidades históricas cerradas, concluídas. Al suponer que la toponimia quedaba excluída de cualquier cambio, se dejaron de lado procedimientos que, en muchos casos, permiten encontrar datos y contrastarlos para registrar los cambios que se han producido, tal vez en tiempos muy largos. Por este camino, se ha llegado a la fácil convicción -ideal y riesgosa- de que, por ej. un nombre indígena prehispánico llega a nosotros libre de modificaciones, lo que no es demasiado frecuente.

Y, sobre esto, el mismo Boman da testimonio acertado como en esta nota:

> "El nombre Chañi no era conocido por los misioneros jesuitas del siglo XVIII, pues el mapa de Lozano indica este pico solamente con la denominación de "Cerro grande". En el mapa de D'Anville, no está indicado"(Boman, 1991: 353).

Es decir que, el nombre Chañi es, al menos, posterior al 1700 y, sin proponérselo, Boman viene confirmar nuestro planteo.

Tal vez convendría hacer una última reflexión de los recaudos que exigen las investigaciones de topónimos indígenas. En algunos casos se equiparan nombres que tienen alguna semejanza fonética –a veces, muy remota- para poder hallarles una interpretación. Este procedimiento es particularmente engañoso porque, si de entrada, como dijimos, el nombre original trae ya el problema de la grafía original (que hay que verificar y cruzar información procedente de otras fuentes, desde las históricas a las actuales), la equiparación con nombres más o menos parecidos lleva a falsear el punto de partida y, en consecuencia, los cambios fonéticos registrados y analizados, lingüísticamente, se asientan en el vacío.

Si bien una mirada a los aspectos lingüísticos de la obra de Boman y sus observaciones toponímicas, nos dieron pie para algunas observaciones críticas, esto no significa achacarle estos errores a Boman, lo que sería injusto y estaría fuera del contexto de su época. Simplemente queremos destacar que, por el propio prestigio del investigador sueco, algunas líneas iniciadas por él arraigaron con fuerza entre sus seguidores que las tomaron a ojos cerrados.

EL EXTRAÑO RECORRIDO DE LOS NOMBRES

En este trabajo, hemos querido señalar la profunda influencia que ejerció la obra de Boman en esta región y su significativo aporte. Sus observaciones sobre la toponimia todavía resultan útiles pero su enfoque epistemológico ha quedado rezagado y no podía ser de otro modo, dado el limitado desarrollo de esta disciplina en su época. Esto nos ha llevado a intentar la construcción de un modelo alternativo.

De este modo, hemos querido también probar el extraño recorrido que hacen los nombres que organizan un territorio y cuántas causas influyen en ellos: desde las relaciones de poder y el prestigio que, en determinados momentos históricos, alcanza una lengua sobre otra; el modo de percibir el espacio que tiene una comunidad, signado por sus valores, por su cultura; los cambios a los que están sometidas estas marcas territoriales, etc.

A esto habría que agregar la extrema labilidad que asoma, en nuestra experiencia, a la hora de enfocar los topónimos indígenas. Tal vez, nuestra mayor preocupación ha sido, a más de las pocas certezas que comentamos, la convicción de estar frente a fragmentos de una cosmovisión perdida, de la que quedan estos textos residuales, con los que intentamos reconstruir un mundo.

Además, en esta región, juega como agravante la diversidad de lenguas que interactuaron, manifiesta como dijimos, en el caudal de "préstamos" que –en algún momento casi imposible de precisar- toma el ckunza o el kakán, del kechuwa y el aymara.

Pero, a la vez, todo esto prueba nuestra hipótesis de que los topónimos son discursos vivos, textos que mantienen su capacidad de actuar como "unidades comunicacionales", trasmitiendo, en varios casos, determinada información.

Pero así como la identidad conjuga la permanencia con la dinámica del cambio, en los nombres de lugares –otra forma de marcar la identidad, en este caso, territorial- predomina una tendencia conservadora, lo que no impide que un incidente, totalmente imprevisto que afecte a la comunidad, puede traer modificaciones.

Dentro de este complejo panorama y cien años más tarde, la obra de Boman resulta un punto de partida insoslayable y un aporte valioso por haber contribuido a conocer mejor la cultura de nuestra región. En definitiva, también nosotros podemos preguntarnos a propósito de la visita Boman:

> "¿Qué puede buscar un extranjero en la Argentina? Si tiene suerte, disposición de ánimo y la mente abierta, lo inesperado. Aquello que no sólo le resulta secreto para él, sino también para quienes conviven con el secreto. Revelarlo, ya significa redimensionar las posibilidades de su búsqueda: ha encontrado algo y lo comparte. Ya nada es lo mismo, ni él, el mismo. Algo cambió. Por fortuna, fueron muchos quienes a lo largo de la historia demostraron que su paso por suelo argentino no había sido en vano".(Kupchick,1999)

AGRADECIMIENTO

Quiero expresar mi agradecimiento a mis colegas, investigadores del Programa Interdisciplinario Purmamarca, por el apoyo brindado desde sus disciplinas, en especial a la historiadora Mg. Gabriela Sica que actuó como asesora permanente. Además, mi agradecimiento muy especial, para las ayudantes de investigación Prof. Mercedes Peñaloza, Mercedes Sosa y Prof. Susana León por su disponibilidad para la realización de los trabajos de campo y en las tareas de análisis, no siempre sencillas.

NOTAS

1) Quichua designa actualmente al islote de S. de Estero.
2) Esto ha llevado a ampliar la conceptualización de la "Quebrada de Purmamarca" que, conforme a la percepción de los informantes, no coincide con la visión tradicional. Los pobladores actuales consideran que esta Quebrada se extiende desde la desembocadura del Río Purmamarca hasta las Salinas Grandes.
3) A modo de ejemplo, se puede ver como danzas mestizas de México son adoptadas en España y Europa hasta ser parte de la cultura cortesana y de la música barroca, y finalmente, sobrevivir en nuestra memoria a través de las obras de Juan Sebastián Bach (Gruzinski, 2000)

BIBLIOGRAFÍA

APPADURAI, A. (2001) La modernidad desbordada. Ed Trilce, F.C.E. Montevideo, Buenos Aires.

BERTONIO, L. (1984)[1612] Vocabulario de la Lengua Aymara. Ceres, IFEA.

BOMAN, E. (1991) [1908] Antigüedades de la región andina de la República Argentina y del desierto de Atacama. Universidad Nacional de Jujuy, San Salvador de Jujuy. TI y II.

BOURDIEU, P. (1982) Ce que parler veut dire. L' economie des échanges linguistiques. Fayard, París.

BRONCKART, J.P. (1996) Activié Langagiére, texte et discourrs. Pour un interractionisme socio-discursif. Ed. Delachaux, París.

CERRÓN PALOMINO, R. (1999) Tras las huellas del aimara cuzqueño. Revista Andina, N° 1, año 17, Cusco, Perú, pp 137-161.

GARAY DE FUMAGALLI, M. Informe de investigación Programa Interdisciplinario Purmamarca. MS. (1998, 1999, 2000)

GRUZINSKI, S. (2000) Un tocotín mestizo de español y mexicano... Mestizajes barrocos en la ciudad de México. En Los caminos del mestizaje, México, Condumex.

KRAPOVICKAS, P. (1978) Los indios de la Puna en el siglo XVI. Relaciones, Nueva Serie, Vol XII, Buenos Aires, pp 71, 93.

KUPCHICK, C. (1999) La ruta argentina. El país contado por viajeros y escritores. Ed Planeta, Buenos Aires.

SANCHEZ, S. (1996) Fragmentos de un tiempo largo. Tilcara entre los siglos XV-XIX. Tesis de Licenciatura en Historia. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales. UNJu.

SERRES, M. (1981) Discurso y Recorrido. En: Lévi-Strauss: La identidad. Ed. Grasset, pp 23-40.

SICA, G. Informe de investigación Programa Interdisciplinario Purmamarca. Ms. (1998, 1999)

SICA, G. (2000) ¿De qué norte hablamos?. Las percepciones históricas del espacio y sus consecuencias en la investigación de las sociedades prehispánicas y coloniales del Noroeste Argentino. Ms.

VIDAL DE BATTINI, B. (1965) En: AAVV.: La Argentina. Summa de Geografía. S/d.

VIGOTSKY, L. (1934) Penseé et langage. Traduction franciase (F. Seve) Edition Sociales, 1985.

ZANOLLI, C. Omaguaca: la tierra y su gente. Presencia Chicha hacia el sur de Talina. S. XVI. En: Presta, A. (comp.) Espacio, Etnias y Fronteras. Sucre, Ed. Asur, pp 319-343.